

# Contrapunteo de dos cubanazos: Representación del discurso masculino en *El hombre, la hembra y el hambre* Por Yvette Fuentes (Ph.D.)

---

Ponencia presentada en el Segundo Encuentro Internacional sobre Creación y Exilio: Con Cuba en la distancia (Cádiz, España, mayo 2003).

En un ensayo titulado “La diferencia cubana”, el historiador Rafael Rojas propone que “[eso] que llamamos la cultura cubana, no es más que la construcción simbólica, en el lapso de dos siglos, del metarrelato de la identidad nacional; un metarrelato que postula un sujeto: el Sujeto Blanco, Masculino, Heterosexual Católico o Marxista, cuyos valores históricos legitiman los discursos y las prácticas hegemónicas de las élites nacionales” (Rojas 105). En la última década, han surgido varias escritoras cubanas, en la isla y en el exilio, que han atentado contra esta visión patriarcal de la cultura cubana, y a través de su literatura ofrecen un concepto más híbrido y fluido, tanto de la identidad nacional como de aquello que denominamos género sexual.

Este trabajo se enfoca en la novela *El hombre, la hembra y el hambre*, la primera obra escrita y publicada en exilio por Daína Chaviano (La Habana, Cuba). Chaviano, ganadora de varios premios internacionales, es precisamente una de esas narradoras cubanas contemporáneas cuya obra cuestiona una visión masculina de la identidad cubana. Poeta, cuentista, y novelista, su producción literaria abarca diferentes etapas y estilos, los cuales reflejan su interés por el papel de la mujer en la sociedad.

Al igual que mucha de su obra producida en la isla, *El hombre, la hembra y el hambre* tiene como base lo fantástico, o maravilloso. En sí, la obra se centra en una joven mujer cubana, Claudia, que tiene la habilidad de ver y hablar con visiones del pasado, los cuales le muestran a ella, a través de desplazamientos la verdadera historia de Cuba. Entretejida entre esas narraciones fantásticas, se encuentra una exposición crítica y abierta de la crisis cubana y del Período Especial. En esta obra, mezcla de lo fantástico y un realismo crudo, Chaviano inserta y se apropia, de forma directa e indirecta, de lo que podríamos denominar el Canon Cubano. De



este modo, Chaviano se cuestiona, y reinterpreta la historia oficial cubana, tanto de la Revolución como de la República, y a la vez pone en evidencia los discursos masculinos y patriarcales que la han dominado. Lo más notable es la manera en que Chaviano logra esto, vía su adopción y apropiación del contrapunteo como técnica literaria.

El contrapunteo le permite a Chaviano presentar varias voces narrativas en el texto, las cuales revelan la situación contradictoria que vive la sociedad cubana. Y aun de mayor importancia, mediante la presentación de estas diversas voces y específicamente a través del contrapunteo de dos voces masculinas, Chaviano explora la manera en que el individuo participa en la sociedad, y a la vez queda al margen, señalando lo que el crítico Homi Bhabha denomina como “lo pedagógico” y “lo performativo” de la nación (Bhabha 299). O sea, que aunque aparece una fuerte crítica al discurso dominante, por parte de los dos protagonistas masculinos que Chaviano nos presenta, éstos continúan perpetuando ideas patriarcales sobre la mujer. Su contrapunteo revela ideas y actitudes que existían antes de la revolución cubana, las cuales han sobrevivido a través del tiempo, y a pesar de lo que afirma la retórica oficial revolucionaria.

Según la definición que aparece en el diccionario Pequeño Larousse, el término contrapunteo significa “disputa” (Larousse 270). El contrapunteo es, por lo tanto, una disputa “punto contra punto”, un argumento sobre cualquier tema, continuo y debatido por dos (o más) personas. Cada idea se debate una a la vez, con la meta de sobresalir, hacer alarde y ganarle el argumento a la otra persona contra quien se compete. Aunque el contrapunteo no es, según su definición, un hecho exclusivamente de hombres, se ha asociado en el caso cubano con el discurso masculino. En la sociedad rural, por ejemplo, tenemos el caso del punto guajiro, una improvisación original y popular, cantada por los guajiros cubanos. Se podría decir que el punto guajiro es una especie de *performance* masculino, rural y verbal, donde cada guajiro narra sus habilidades específicas, mediante el punto, a sus vecinos, y de esta manera logra competir y mostrar su hombría en presencia de sus coetáneos.

Si el punto guajiro representa el contrapunteo popular cubano más conocido, la obra de Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, es el mejor ejemplo del contrapunteo intelectual, precisamente por su textualidad. En su obra, Ortiz utiliza el contrapunteo para documentar la historia de dos productos, el tabaco y el azúcar, y para enfatizar la manera en que éstos ayudaron al desarrollo de la cultura cubana. Ortiz toma estos dos productos, fundamentales para la economía cubana, y se centra en sus características específicas y opuestas, para



argüir que representan simbólicamente la composición racial y diversa de la nación cubana.

En *El hombre, la hembra y el hambre*, Chaviano vuelve a la obra de Ortiz y al contrapunteo para presentarnos a dos hombres cubanos, dos “cubanazos”, que compiten por la palabra y por la misma mujer. Podríamos decir, entonces, que Chaviano se apropia de la tradición cubana del contrapunteo a varios niveles, tanto del elemento popular de la disputa (las voces masculinas en competencia, y de manera informal), al igual que del elemento textual o formal (vía su presentación de las diferentes voces narrativas y sus historias, al igual que a través de las referencias intertextuales que aparecen en el texto). Chaviano usa el contrapunteo como técnica narrativa, no sólo en la organización o estructura de su novela, sino en la representación de varios discursos, en especial del discurso masculino cubano.

Antes de adentrarme en el discurso y el contrapunteo masculino, es necesario aclarar que la narración en *El hombre, la hembra y el hambre* es compleja, por varias razones. Primero, cada capítulo ofrece una voz narrativa distinta, con saltos entre narradores en primera y tercera persona. Y segundo, la obra no sigue un orden cronológico, va del presente al pasado, retrocediendo a la historia de los protagonistas al igual que la de la isla de Cuba.

Aunque un estudio más detallado tendría en cuenta las voces particulares y la presencia de lo fantástico que se hallan en esta novela, este análisis se centra sólo en las narraciones en primera persona de los dos protagonistas masculinos, Rubén y Gilberto, viejos amigos que tienen relaciones, en diferentes momentos y sin saberlo, con la misma mujer, Claudia/La Mora. Por medio del contrapunteo masculino de estos dos hombres, Chaviano logra una doble meta. Por una parte, estas voces masculinas revelan las contradicciones inherentes y existentes en la sociedad revolucionaria cubana, las cuales aparecen por todo el texto. Pero a la vez, este contrapunteo expone el discurso masculino cubano, el del supuesto Hombre Nuevo, para revelar la imposibilidad del cambio en la sociedad cubana.

Este contrapunteo entre dos “hiper machos”, los que en la jerga popular se denominan “cubanazos”, refleja, por una parte, las actitudes machistas de ambos hombres, pero a la vez muestra su incapacidad de cambiar el sistema socioeconómico en el cual viven. De la misma manera que el contrapunteo de estos hombres revela una competencia por sobresalir, cada uno exagerando su hombría y representando su masculinidad mediante la palabra, sus narraciones ofrecen una crítica específica de la situación política. Sin embargo, al final de la obra, su contrapunteo es fallido, no logra resolver o cambiarles la vida. Lo que Chaviano



sugiere en esta obra es que el hombre cubano tiene que seguir jugando el papel de macho, pero sin poder controlar ni a su mujer, ni su propio destino. El hombre cubano tiene que seguir “jugando” un papel de revolucionario, “jugando el juego” como apuntaba Heberto Padilla en su poemario *Fuera del juego*, pero sin olvidar jamás que aunque las reglas del juego se cambian a menudo desde arriba, él como individuo no las puede cambiar. Sus exageraciones verbales sólo señalan la abundancia de palabras vacías. El contrapunteo de dos cubanazos se convierte en una forma de descarga emocional, “cháchara”, que no conduce a ningún cambio.

La novela comienza con la narración de Rubén, que se dirige a su “compadre” o “asere”, Gilberto. Los personajes de Rubén y Gilberto son importantes, no sólo por lo que revelan de la sociedad, sino porque también representan la diversidad racial de Cuba, ya que Rubén es mulato y Gilberto, blanco. O sea, que Chaviano juega una vez más con Ortiz y su contrapunteo. Rubén y Gilberto, se complementan y compiten entre sí, de la misma manera que el tabaco (mulato) y el azúcar (blanca) se complementan y compiten. Por lo tanto, Chaviano se apropia de Ortiz y su obra de varias maneras, como lo hace con otras obras, para presentar su visión de la sociedad cubana contemporánea.

El elemento intertextual de *El hombre, la hembra y el hambre* también se manifiesta en el lenguaje o jerga popular cubana que Chaviano inserta a través de la obra, y en especial en el contrapunteo de Rubén y Gilberto. Estos usan un vocabulario masculino de amistad, que incluye palabras como *brother*, *asere*, *compadre*, *mi hermano* y *socio*, al igual que malas palabras o palabrotas asociadas con el discurso masculino. Según Robert A. Strikwerdas y Larry May, en "Male Friendship and Intimacy", una de las formas más comunes de amistad entre los hombres es lo que ellos denominan camaradería, o sea, un intercambio de ciertas experiencias íntimas que ocurre entre los hombres en momentos y lugares muy específicos, como en las trincheras, entre soldados, o en el alta mar, entre marineros (Strikwerdas 81-82). Estos intercambios masculinos ocurren en momentos de estrés o peligro, y son el resultado de largos períodos de tiempo sin actividad durante los cuales el charlar sobre asuntos personales les permite a los hombres formar una amistad íntima. Este compadraje surge como resultado del descubrimiento de experiencias en común. En el caso de la novela, Rubén y Gilberto parecen tener un fuerte vínculo, dirigiéndose de “tú a tú” e intercambiando expresiones que denotan una hermandad masculina. Este elemento de compadrería entre Rubén y Gilberto, subraya aun más el aspecto popular de su contrapunteo. Un ejemplo de esta unión entre ellos aparece en una narración de Rubén, en la cual recuerda los viejos tiempos, el momento en que se



conocieron y se hicieron amigos, para luego explicar cómo la vida se complica y castiga:

*"Es que la vida te hace cada mierda... Estudias como un burro, trabajas como un imbécil, y cuando crees que puedes sentarte a vivir de verdad, ahí mismo aparece algo que te desgracia la existencia. Claro, en mi caso no fue una sola cosa, fueron un burujón, pero la principal de todas fue Claudia... Nunca conocí a una tipa como ella: era más rara que un cementerio al mediodía. Por eso me embarqué. Me enamoré como un idiota. De no haber sido como era, a lo mejor me habría acostado con ella y un par de veces y luego si-te-veo-no-me-acuerdo. Pero no. Tuve que fijarme en la tipa más intrigante que se cruzó en mi camino. Yo creo que me amarró. Algún trabajito debió de hacerme. No es que la sorprendiera en algo sospechoso; nunca vi que anduviera en brujerías ni nada de eso, pero en este país uno nunca sabe con las mujeres. Te lo digo por experiencia: no hay que fiarse de ninguna, por muy graduada universitaria que sea."(Chaviano 17)*

En esta narración, Rubén tiene varias quejas. Primero insinúa que Claudia lo ha atrapado, quizás usando brujería, y por eso no puede quitarse su imagen de la mente. En su narración, Claudia aparece como una "loca" que lo ha enloquecido a él también. Luego se queja de las mujeres, en general, declarando que como hombre no puede vivir ni con ellas ni sin ellas. En sus conversaciones, estos hombres parecen buscar apoyo del otro, del compadre que también ha "sufrido" a causa de las mujeres, y a la vez indican una forma de exageración masculina. En estas narraciones exageradas, Rubén y Gilberto incorporan el humor, que sirve para exponer lo que dice cada hombre de su propia hombría. O sea, en vez de exagerar las conquistas amorosas, los hombres revelan, mediante su contrapunteo, su fracaso con las mujeres. Son ellas las que los controlan, y cada uno parece estar luchando contra ese control y la irracionalidad de su situación personal.

Rubén no es el único personaje que lucha por comprender a "su mujer". En su respuesta, cuatro capítulos después, Gilberto declara que "su Mora" es peor que Claudia. Le dice a Rubén: "y eso que tú no conociste a La Mora. Al lado de ella, Claudia es una niña de teta" (32), y añade que "La Mora me saló la vida" (32). Al igual que Rubén, Gilberto encuentra a las mujeres incomprensibles, llamándolas "animales misteriosos" (135). Usando vocabulario coloquial, o de la calle, ambos hombres intentan sobresalir, incorporando el humor en su habla para exagerar aún más cada narración. En sus monólogos, Rubén y Gilberto intentan mostrar su



virilidad y hombría, comentan sobre sus problemas amorosos, y a la vez hablan sobre la situación cubana. Es esta situación política la que más une a estos hombres, su hermandad va más allá del tiempo que se conocen, se sigue nutriendo por esas contradicciones que ambos sufren, no sólo en el amor, sino también por la situación sociopolítica. Ellos se escuchan mutuamente para luego comparar sus propias experiencias con las del otro. En su contrapunteo, cada hombre narra problemas específicos que ha tenido dentro de la sociedad revolucionaria cubana, excediéndose cada vez más como lo hacen en sus narraciones sobre las mujeres. Sus comentarios políticos aparecen juntos con los comentarios sobre las mujeres, lo cual reitera aun más la manera en que la política influye hasta en lo más personal. Tras una narración de sus problemas con Claudia, Rubén comienza a criticar esas contradicciones presentes en la sociedad cubana:

*"Y pensar que hace tres años te metían preso si te cogían con un dólar en el bolsillo. Pero así es la cosa en este país. Lo que hoy está prohibido, mañana --por obra y gracia del Espíritu Santo-- ya no lo está. O al revés. Y eso es lo que más me encabrona: no saber nunca a qué atenerme, vivir a la buena de Dios, vigilando a ver dónde piso no vaya a ser que me hunda en un agujero que el día antes no estaba. Qué va, mi socio, con esta intriga no hay quien viva; yo creo que por eso hay tantos suicidios. Quizás si la miseria fuera parejita, a lo mejor uno la sobrellevaba mejor; pero lo malo es que te han engañado. Todo el puto día diciéndote que aquí todo se reparte igual, y al final resulta que hay algunos que sí tienen de todo porque son los que la administran, mientras el resto se muere de hambre."*  
(60)

Las quejas de Rubén revelan que esas inconsistencias del sistema pueden llegar al suicidio, trauma o locura, ya que el individuo nunca "sabe a qué atenerse". La respuesta de Gilberto, varios capítulos después, refleja los comentarios de su amigo. En su monólogo, Gilberto comenta sobre cómo él estudió Economía en la universidad para luego descubrir que había escogido una carrera sin futuro. Tras graduarse, se pasa dos años buscando empleo, proponiendo proyectos inútiles, hasta conocer a Toño, un carnicero que le ofrece un empleo más práctico y dice:

*"Te lo juro. En este país, ser carnicero es mejor que ser médico. Todo el mundo te respeta, te trata bien, se ofrece para resolverte cualquier problema, desde soldarte una tubería rota hasta conseguirte un turno para comer en La Torre. Saben que eres un tipo poderoso que tiene en sus manos el reparto de la carne; el oro de los pobres."* (86)



Aunque no es precisamente una queja, ya que Gilberto aparenta tener “poder” por ser carnicero, esta narración revela una sociedad donde cada cual tiene que adaptarse a su entorno para poder sobrevivir. Ambos hombres tienen que aprender a “resolver” en un país cada vez más contradictorio. Aunque logran “resolver”, ni Rubén ni Gilberto pueden mantener su viveza indefinidamente, ya que, como dice Rubén, lo que es legal un día, es ilegal el próximo. Su supervivencia depende, entonces, de una readaptación continua. Al final, ambos hombres descubren que no ya no pueden, ni quieren, seguir readaptándose, y deciden huir de la isla en balsa.

Para finalizar, con su contrapunteo Rubén y Gilberto representan su masculinidad y a la vez critican esos aspectos de la sociedad con los que están en desacuerdo. Sin embargo, su contrapunteo no resuelve nada ni cambia la vida de ninguno de los dos.

En *El hombre, la hembra y el hambre*, Chaviano sugiere que, en esa sociedad, tanto los hombres como las mujeres se encuentran atrapados. El hombre cubano sigue jugando el papel de macho, pero sin poder cambiar la estructura sociopolítica del país. Aunque en su contrapunteo Rubén y Gilberto hacen alarde de su virilidad y su hombría, también manifiestan la impotencia a varios niveles. Primero, a pesar de sus actitudes patriarcales, aparentes en sus palabras, ninguno logra realmente controlar a “su mujer”. Su inhabilidad de mantener a la mujer a su lado surge tanto a consecuencia de su falta de comprensión y actitud machista hacia las mujeres como por las circunstancias políticas y sociales fuera de su control. La impotencia es doble: a un nivel personal y a un nivel sociopolítico. A pesar de sus incesantes quejas, ni Rubén ni Gilberto logran hacer cambios efectivos y reales en la sociedad. Al contrario, su sociedad espera que “se sacrifiquen” y adapten continuamente a situaciones cada vez más paradójicas.

Estos hombres están relegados sólo a la cháchara, son partícipes de un contrapunteo masculino sin fin. Sus exageraciones, quejas, maldiciones y expresiones coloquiales, son indicios de una retórica masculina vacía y nula. La cháchara y el contrapunteo surgen, entonces, como descarga emocional, pero sin posibilidad de afectar ningún cambio en la sociedad.



**BIBLIOGRAFÍA:**

Chaviano, Daína. *El hombre, la hembra y el hambre*. Barcelona: Planeta, 1998.

“Contrapunteo”. Pequeño Larousse Ilustrado. 17 ed. 1992.

Bhabha, Homi, ed. “DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation”. *Nation and Narration*. London: Routledge, 1990. 291-322.

Ortiz, Fernando. *Cuban Counterpoint: Tobacco and Sugar*. Durham: Duke University Press, 1999.

Padilla, Heberto. *Fuera del juego*. Barcelona: El Bardo, 1970.

Rojas, Rafael. “La diferencia cubana”. *Isla sin fin: Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami: Ediciones Universal, 1998. 105-122.

Strikwerda, Robert A y Larry May. “Male Friendship and Intimacy”. *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in Light of Feminism*. Larry May, et al., Eds. London: Rowman & Littlefield Publishers, 1996: 79-94.

**Yvette Fuentes, Ph. D.** (Chicago, 1969). Profesora de Lengua Española, Cultura y Literatura Hispánicas en Grand Valley State University, Michigan. Obtuvo la Licenciatura (Bachelor or Arts) en Historia, en la Universidad de Barry en 1991, la Maestría (Master of Arts) en Historia Latinoamericana y Española, en la Universidad de Miami en 1993, y el Doctorado en Español, en la Universidad de Miami en 2002. Su disertación doctoral inédita “Beyond the Nation: Issues of Identity in the Contemporary Narrative of Cuban Women Writing in the Diaspora”, trata sobre la narrativa femenina cubana en la diáspora. Su área principal de investigación es la literatura latinoamericana y caribeña, en particular la narrativa cubana y cubanoamericana contemporánea. Reside en Grand Rapids, Michigan.

